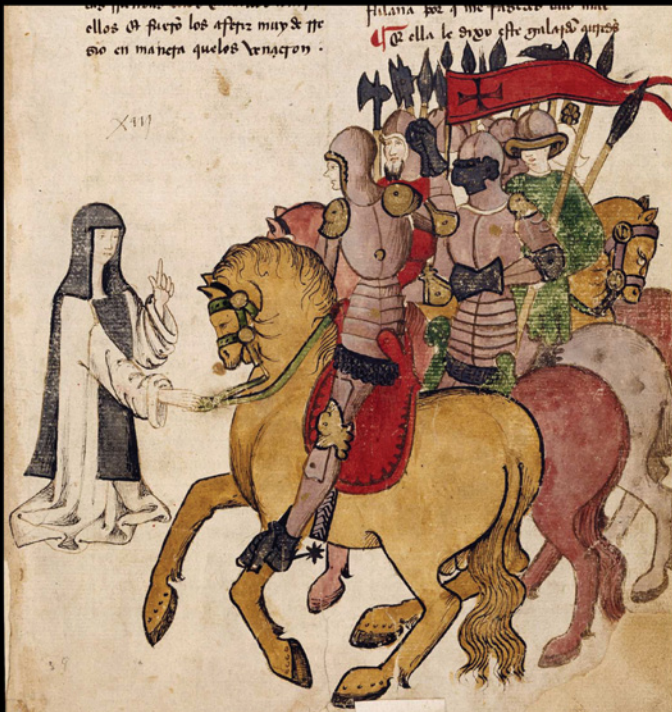


La batalla campal en la Edad Media

CARLOS J. RODRÍGUEZ CASILLAS



Carlos J. Rodríguez Casillas

La batalla campal en la Edad Media



SINE QVA NON

Monografías de Historia Medieval, 4

Dirección de la serie: Carlos de Ayala Martínez

© *La batalla campal en la Edad Media*

Carlos J. Rodríguez Casillas

Esta edición es propiedad de EDICIONES DE LA ERGASTULA y no se puede copiar, fotocopiar, reproducir, traducir o convertir a cualquier medio impreso, electrónico o legible por máquina, enteramente o en parte, sin su previo consentimiento. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados.

© de los textos: Carlos J. Rodríguez Casillas

© de las ilustraciones: Sus autores

© de la cartografía: Álvaro Solano Fernández-Sordo

Ediciones de La Ergástula ha realizado todos los esfuerzos posibles para conocer a los propietarios de todas las imágenes que aquí aparecen y por obtener los permisos de reproducción necesarios. Si se ha producido alguna omisión inadvertidamente, el propietario de los derechos o su representante legal puede dirigirse a Ediciones de La Ergástula (info@laergastula.com).

© Ediciones de La Ergástula, S.L.

Calle de Béjar 13, local 8

28028 – Madrid

www.laergastula.com

Diseño y maquetación: Ediciones de la Ergástula

Imagen de portada: *Libro de los castigos de Sancho IV [Castigos y documentos del rey don Sancho]*, Biblioteca Nacional de España, MSS/3995 Fol. 39r.

I.S.B.N.: 978-84-16242-44-3

Depósito Legal: M-37366-2018

Impreso en España – *Printed in Spain.*

ÍNDICE

Nota preliminar	11
Prólogo	13
Capítulo 1. En torno a la batalla medieval.....	17
Capítulo 2. El estudio de la batalla medieval: un combate historiográfico.....	23
2.1. De los autores decimonónicos al siglo XX.....	23
2.2. Los procesos revisionistas	27
2.3. El estudio de la batalla en nuestros días	31
Capítulo 3. La conducción de la guerra en la Edad Media	35
3.1. La sobredimensión de un acontecimiento extraordinario	35
3.2. La guerra en la Edad Media.....	40
3.3. El porqué del enfrentamiento en campo abierto	49
Capítulo 4. Combatientes y armamento.....	59
4.1. ¿Combatientes preparados para la lucha?.....	60
4.2. Armamento	70
4.2.1. El caballero	70
4.2.2. Infantería.....	81

Capítulo 5.

Afrontar la batalla.....	85
5.1. Disposiciones previas al combate.....	85
5.1.1. La elección del terreno y los condicionantes atmosféricos ...	86
5.1.2. La preparación del terreno.....	88
5.1.3. El despliegue de las tropas	90
5.2. Sistemas de combate.....	99
5.2.1. La actuación de la caballería en los campos de batalla... ..	99
5.2.2. El papel de la infantería y el combate a pie	118
5.2.3. La creciente presencia de las armas de fuego en los campos de batalla.....	125

Capítulo 6.

Vencedores y vencidos	129
-----------------------------	-----

Balance final.....	139
--------------------	-----

Bibliografía.....	141
-------------------	-----

I. Crónicas y fuentes publicadas	141
--	-----

II. Bibliografía General.....	143
-------------------------------	-----

Glosario	157
----------------	-----

*A Jessica, por no rendirte,
por no permitir que me rindiera.*

NOTA PRELIMINAR

El presente libro no pretende ser una recopilación de los enfrentamientos más emblemáticos que ocurrieron durante la Edad Media, sino constituir una obra que haga reflexionar al lector sobre una realidad tan compleja y cargada de prejuicios como es la batalla medieval.

El estudio se ha articulado en cinco grandes bloques temáticos. Los dos primeros son de sesgo teórico. En ellos se exponen los rasgos básicos que definen y caracterizan un enfrentamiento en campo abierto, además del tratamiento que la investigación académica le ha otorgado en los últimos años. Los siguientes capítulos están destinados a la comprensión de la guerra medieval en su conjunto y a desmentir algunos tópicos que todavía perduran en torno al “arte de la guerra” y los ejércitos feudales.

No hemos creído conveniente establecer limitaciones de carácter territorial o cronológico, puesto que en todo momento nuestro enfoque ha tratado de ser generalista, permitiendo al lector apreciar el trasfondo común que subyace en las formas de hacer la guerra, más allá de las posibles diferencias geopolíticas y las distancias coyunturales o temporales. Con todo, debemos advertir que nunca hemos aspirado abordar un análisis exhaustivo de todos los enfrentamientos, categorías de guerreros, armas o defensas corporales que pudieron existir durante los mil años que duró este periodo histórico, porque sería algo imposible de abarcar en tan pocas páginas.

Finalmente quisiera agradecer al profesor Carlos de Ayala y a *La Ergástula* la confianza depositada en mí a la hora de afrontar un reto tan importante como éste. Agradecimiento que quisiera hacer extensible a García Fitz, por sus sabios consejos y su inestimable

apoyo durante toda la redacción. A Raúl González y Juan José Morcillo, por su gran ayuda con la traducción e interpretación de las fuentes clásicas utilizadas. A Álvaro Solano, por realizar la cartografía con amabilidad y una total disposición. A Cristina Párbole, gran conocedora de nuestro Románico, por la cesión de sus imágenes. A Martín Alvira, David Porrinas, Alberto Reche y Ekaitz Etxeberria, por sus constantes recomendaciones y orientaciones bibliográficas. A Bruno Álvaro, mi “hermano” en la distancia, por ser un admirable ejemplo de lucha ante la adversidad. Y sobre todo, a Jessica Carmona, porque sin ella este libro nunca hubiese visto la luz.

PRÓLOGO

“Los buenos generales nunca entran en combate abierto, sino por que lo pida la ocasión o apremie la necesidad”; “es mejor someter al enemigo con la escasez, con ataques por sorpresa o con el miedo, que en combate, pues en este suele jugar un papel más importante la fortuna que el valor”. Las frases que acabamos de reproducir pertenecen al *Epitoma rei militaris* de Vegetio, un tratadista romano de finales del siglo IV o principios del siglo V cuya obra tuvo una fortuna e influencia extraordinarias a lo largo de toda la Edad Media occidental.

Traemos a colación dos de sus opiniones en torno a las batallas campales –“*proelium*”, “*publicum certamen*”, son las expresiones latinas empleadas en cada caso- no solo porque las mismas ideas serían repetidas en otras obras de carácter didáctico destinadas a enseñar o a aconsejar sobre la práctica de la guerra a los dirigentes medievales, sino también porque en ellas se contienen algunos principios básicos de la actuación bélica cotidiana de aquel período: a no ser que no te quede otra opción para sobrevivir -por necesidad- o que las circunstancias te sean tan favorables como para buscar la derrota rápida y concluyente de tus enemigos -para aprovechar la ocasión-, es mejor emplear otros medios -el hambre, el desgaste, la sorpresa, el miedo- para acabar con ellos porque, tal como se desprende del axioma vegeciano, en el choque frontal la suerte -la fortuna- resulta más determinante que el valor. Y la fortuna, no hace falta recordarlo, no es un factor controlable.

El resultado de la aplicación práctica de estos principios estratégicos no es otro que la poca frecuencia de las batallas campales en el marco general de la actuación bélica medieval. Basta con repasar cualquier contexto geopolítico de la época para constatar que la cotidianeidad de la guerra estaba conformada, generalmente,

por otro tipo de actuaciones -campañas de destrucción y saqueo, expugnaciones de puntos fuertes, asedios o bloqueos sobre ciudades amuralladas- y que la batalla campal representa un acontecimiento extraordinario por infrecuente y excepcional.

Sin embargo, sería un error histórico e historiográfico minusvalorar su importancia o soslayar su estudio, un error que los historiadores no nos podemos permitir. En primer lugar porque, como ya pusiera de manifiesto Georges Duby, precisamente debido a su excepcionalidad, pero debido también a las condiciones ambientales que rodean a muchos de estos choques -la presencia de los gobernantes o de los dirigentes de los reinos o poderes enfrentados, el dramatismo propio de una confrontación duelística, las enormes consecuencias que podían derivarse de las mismas...-, las batallas hacen que se multiplique el número y variedad de testimonios, iluminándose así parcelas de la realidad histórica y de su representación bélica que, de otra forma o para otras operaciones, suelen estar en la penumbra. En consecuencia, no podemos dejar de explorar con verdadera fruición todos aquellos rastros documentales, cronísticos, arqueológicos o iconográficos que se generan en su entorno.

Pero, en segundo lugar, no podemos dejar de estudiar con atención a este tipo de acontecimiento excepcional por el simple hecho de que, en no pocas ocasiones, los contemporáneos le adjudicaron una influencia sobresaliente sobre sus propios destinos. El historiador, que tiene el privilegio de contemplar la realidad histórica con la debida perspectiva temporal, puede -y debe- dudar de lo equilibrado del juicio o de la ecuanimidad de la valoración del suceso realizados por quienes estuvieron inmersos en la refriega o los de sus inmediatos sucesores, pero no por ello ignorar que, por distorsionada que sea, esa misma carga de subjetividad representa una materia prima muy aprovechable para su propio trabajo.

Por estas razones, una monografía como la que el lector tiene en sus manos, un estudio sobre las batallas medievales, sigue siendo oportuno y necesario. Oportuno porque, realizado teniendo en cuenta las líneas de interpretación más recientes, el lector

podrá inscribirlas en su contexto bélico y en el marco del debate historiográfico generado en torno a ellas, delimitando así de manera más ajustada los límites de su impacto real sobre las sociedades que las protagonizaron. Necesario porque, a pesar de todo el camino recorrido, algunos mitos siguen vigentes y deben ser identificados y porque, además, se ha aprovechar todo el ingente caudal de información generado en torno a ellas para seguir iluminando los rasgos de la guerra y, con ellos, los perfiles más amplios de la sociedad medieval.

Como puede suponerse, no todo lo relacionado con la batalla medieval ha sido abordado en esta obra ni todo lo abordado en ella lo ha sido con un detalle o profundidad exhaustiva. Cualquiera que haya tenido que elaborar un texto sobre estas materias sabe cuánto hay que seleccionar y, en consecuencia, cuánta información hay que sacrificar. En esto, los historiadores podríamos suscribir las palabras del coro con el Shakespeare introduce la acción del drama *Enrique V* y lamentarnos por no disponer de un reino por teatro o de príncipes como actores, por tener que representar en un circo de gallos a los vastos campos de Francia o por la imposibilidad de hacer entrar en el recinto ni siquiera a los cascos que conmovieron el cielo de Agincourt.

Al contrario que el literato, el historiador no puede pedirle a su interlocutor que supla la realidad con su imaginación y que convierta a un actor en mil guerreros, pero puede realizar un esfuerzo de síntesis clara y coherente que permita al lector aproximarse, con pie firme, a la realidad de las batallas medievales. Me consta que ese ha sido el propósito del autor y de los editores. Y creo que lo han conseguido.

Francisco García Fitz
Universidad de Extremadura

LA BATALLA CAMPAL EN LA EDAD MEDIA

CAPÍTULO 1.

EN TORNO

A LA BATALLA MEDIEVAL

El conde Roldán cabalga por en medio del campo, sostiene Durandarte que corta y raja tan bien. Ha hecho grandes daños a los sarracenos. ¡Si le vierais lanzar un muerto sobre otro; y la sangre, tan clara, manar por las heridas! Tiene ensangrentados la loriga y los brazos y el cuello y el lomo de su buen caballo. Oliveros no es lento en combatir: ninguno de los doce pares serán criticados por ello pues los franceses atacan y golpean. Mueren los paganos y algunos se desvanecen. Dice el arzobispo: «¡Bien por nuestra nobleza!», y grita «¡Monjoya!», que es la enseña de Carlos¹.

Pocas imágenes nos causan tanta fascinación como una batalla medieval. En gran medida porque cuando nuestra mente tiende a evocar este tipo de enfrentamientos los suele asociar con toda una serie de representaciones épicas, casi románticas, como las exhortaciones al valor, las advocaciones y rituales previos al combate o la actitud heroica de los guerreros en el fragor de la lucha.

Ahora bien, más allá de los clichés que el cine de Hollywood y la narrativa literaria nos hayan podido inculcar, ¿verdaderamente tenemos certeza de qué es una batalla medieval? En verdad, la respuesta se nos antoja harto compleja y al mismo tiempo difícil de precisar en lo que concierne a su propia magnitud y alcance. Quizás, una de las mejores explicaciones que podemos encontrar a este respecto la aportó George Duby en su célebre libro *El domingo*

1 *Cantar de Roldán*, 1999: Verso CV.

de Bouvines, al afirmar que la batalla medieval debía ser considerada como una ordalía. Esto es, al igual que un dilatado e infructuoso proceso judicial requería en ocasiones del combate a duelo como solución eficaz, la prolongación de una determinada campaña requería de la batalla de igual manera².

Ciertamente la hipótesis de Duby tuvo una gran acogida en el conjunto de la comunidad académica. De hecho, podía extrapolarse perfectamente a otros escenarios bélicos. Baste como muestra lo ocurrido en Fontenoy, en el año 841. Tras la muerte de Ludovico Pío el Imperio Carolingio padeció una cruenta guerra civil a causa de las disputas territoriales que mantuvieron entre sí algunos de sus herederos. Al final, tras más de diez años de contienda, los involucrados decidieron poner fin al conflicto con una batalla campal en la que se interpelaría al “juicio de Dios”³. Como se recoge en los *Anales de Fulda*:

Los tres hermanos se concentraron allí, en la región de Auxerre, en la villa de Fontenoy. Como no podían llegar a un acuerdo en lo que al reparto del reino se refiere por la oposición de Lotario, que reivindicaba para sí el poder unitario, decidieron arreglar sus diferencias mediante una batalla y que fuese examinada su causa por el juicio de Dios. Se entabló entre ellos un gran combate el 25 de junio y se produjo una matanza tan enorme en uno y otro bando que jamás recuerda la época presente que haya habido nunca una carnicería tan gigantesca en el país de los francos.⁴

No obstante, esta concepción de la batalla debe ser matizada. En primer lugar, porque la hipótesis que plantea Duby obedece a una concepción cultural del acontecimiento. Además, los protagonistas del conflicto debían acordar previamente el día y el emplazamiento

2 Duby, 1988: 148-149.

3 Del Hoyo, 1997: 56-58.

4 *Anales del Imperio Carolingio*, 1997: Fulda, año 841.